

Trabajo Social en Chile (1925-2015).

Noventa años de historia e impronta en Latinoamérica

PAULINA MORALES AGUILERA¹

Universidad Católica Silva Henríquez (Chile)

Recibido: 30-11-2014

Aceptado: 22-07-2015

Resumen: En 1925 se fundó en Chile la primera Escuela de Servicio Social, pionera no sólo en el país sino también a nivel latinoamericano. Son ya noventa años de historia, casi un siglo a estas alturas. El presente artículo brinda una visión sobre dicha historia, pero no en la forma de un relato cronológico y aproblemático de acontecimientos. Lo que se busca es, en primer lugar, ofrecer una reconstrucción histórica respecto del devenir del Trabajo Social en Chile desde la fundación de aquella primera escuela, con énfasis en algunas discusiones, orientaciones subyacentes y/o nudos problemáticos propios de dicho proceso. Junto con ello, se presenta un conjunto de reflexiones nucleares acotadas respecto de la influencia del contexto socio-político en el Trabajo Social chileno y latinoamericano. Cierra la discusión un conjunto de desafíos centrales.

Palabras clave: Trabajo Social – Chile – América Latina – Historia – Reflexiones subyacentes.

Title: Social work in Chile (1925-2015). Ninety years of history and influence in latin america.

Abstract: In 1925 the first School of Social Service was founded in Chile, as a pioneer school not only in the country but also in all South America. It has been already ninety years of history, almost a century at this level. The present article provides a vision on this history, but not as a chronological and non problematic account of events. What is sought is, in first place, provide a historical reconstruction about the development of the Social Work in Chile since the foundation of the first school, with emphasis on someone discussions, underlying orientations and/or problematic nodes peculiar to this process. Along with this, a set of critical bounded reflections are presented on the influence of the sociopolitical context in the Chilean and Latin American Social Work. The discussion ends with a set of core challenges.

Keywords: Social Work - Chile – Latin America – History – Underlying reflections.

INTRODUCCIÓN

En 1925 se fundó en Chile la primera Escuela de Servicio Social, como un organismo dependiente de la Junta de Beneficencia de Santiago. Esta escuela fue no sólo pionera en el país, sino también a nivel latinoamericano, marcando así el rumbo para el posterior nacimiento de escuelas similares en distintos países de la región².

A nivel mundial, el contexto socio-político en que nació la profesión en el país está signado por el fin de la Primera Guerra Mundial, mientras que a nivel nacional marcado por la grave crisis económica que vivió Chile a inicios de 1900.

Haber sido la primera escuela de la región ha ubicado a Chile en un lugar preponderante del panorama del Trabajo Social a lo largo de su historia, porque no sólo marcó el punto de partida para el desarrollo profesional, sino también ha sido protagonista

1. Trabajadora Social, Universidad Tecnológica Metropolitana (UTEM). Magister en Filosofía Universidad de Chile. Doctorado en Filosofía Universidad de Valencia (España). Integrante del Grupo de Investigación en Bioética de la Universidad de Valencia (GIBUV). correopaulinama@gmail.com

2. Cabe precisar que la denominación de las escuelas ha cambiado a través del tiempo. Así, las primeras escuelas se denominaron de Servicio Social. El título profesional emitido por estas escuelas era el de visitadoras sociales, hasta el año 1957, en que el título profesional se cambió al de asistente social y las escuelas comenzaron a adoptar el nombre de Escuelas de Trabajo Social. Con la modificación de la Ley Orgánica Constitucional de Educación (LOCE) del año 2004, el título profesional es trabajador/a social (Castañeda y Salamé, 2010).

y/o testigo de numerosos y relevantes sucesos en el devenir del Trabajo Social, ya sea en el ámbito académico, disciplinario o profesional en general. Ejemplo de ello es el llamado proceso de Reconceptualización del Trabajo Social que comenzó hacia fines de los años 60 en Latinoamérica, uno de cuyos hitos fundacionales tuvo lugar en Chile precisamente³.

No obstante lo anterior, los vínculos del Trabajo Social chileno se extienden también a Europa y Estados Unidos, pues al tratarse de una iniciativa pionera en la zona, esta primera escuela dirigió sus ojos a esos territorios en busca de modelos, experiencias y orientaciones sobre los cuales cimentar su propio desarrollo.

Ahora bien, cumplir noventa años podría suponer una edad de recogimiento, de pasividad o de actitud contemplativa respecto del pasado. No es así en lo absoluto. Trabajo Social en Chile –indefectiblemente unido al concierto latinoamericano– enfrenta en la actualidad múltiples desafíos a los cuales responder. Debe hacerlo con el mismo ahínco que en sus orígenes, rebelado ante la miseria de la época que le vio nacer, pero con la madurez que le brinda toda la experiencia acumulada en estas décadas de vida intensa.

Mas ciertamente sería imposible reconstruir en estas líneas todo lo que han sido estos noventa años de historia, casi un siglo a estas alturas. Más aún, porque no se trata de ofrecer aquí un relato cronológico de sucesos como si de una historia lineal y aproblemática se tratase. Consciente de ello, el presente artículo se centrará ciertos aspectos particulares. En el primer apartado, se recogerá una reconstrucción histórica que permita situar al lector respecto del devenir del Trabajo Social en Chile desde la fundación de la primera escuela y especialmente en sus primeros años, intentando reflejar allí algunas de las discusiones, orientaciones subyacentes y/o nudos problemáticos propios de dicho proceso, en consonancia con la realidad de la época. En la segunda parte se presentará un conjunto de reflexiones nucleares respecto de la influencia del contexto socio-político en el Trabajo Social chileno y latinoamericano, por cierto, de manera muy acotada, teniendo en cuenta la amplitud de dicha temática, como también las limitaciones de extensión. Lo relativo a ciertos desafíos y retos cierran la reflexión expuesta.

Cabe señalar que, no obstante tratarse de un texto cuyo origen se encuentra en la experiencia chilena y sus 90 años de Trabajo Social, es en parte una historia compartida, no sólo a nivel latinoamericano sino también mundial, y en tal sentido

aspira a formar parte del acervo de la profesión más allá de las fronteras nacionales. Como acertadamente se reconoce, “el trabajo social tiene una base común que le da sentido en cualquier país donde se desarrolla, pero recibe una gran influencia de la cultura del propio contexto social donde pertenece, ya que su expresión y evolución están influidas por las formas de vida y de relación social propias de cada lugar y de la política social imperante en cada momento histórico.” (Rosell, 2000: 100).

I. RECONSTRUCCIÓN DE UNA HISTORIA EN MOVIMIENTO

Como se ha señalado, la profesionalización del Trabajo Social en Chile comenzó con la creación de la primera Escuela de Servicio Social en el año 1925, al amparo de la Junta Nacional de Beneficencia de Santiago, encargada de velar por el funcionamiento de los hospitales públicos. De ahí el marcado carácter sanitario de la profesión en sus orígenes. Se trató de una respuesta formal del Estado, entre otras, frente a la grave crisis social y política que vivía el país a inicios del pasado siglo, especialmente en virtud de las depauperadas condiciones sociales, económicas y de salud pública de grandes masas de la población, todo lo cual fue conocido bajo el nombre de la «cuestión social»⁴.

En efecto, el surgimiento de esta primera escuela reflejó una decidida intención de profesionalización de la filantropía tradicional, convirtiendo así la caridad en un quehacer científico, sistemático y planificado. En concordancia con esto, este naciente Servicio Social fue entendido como “el conjunto de esfuerzos voluntarios tendientes, por métodos científicos, a responder a las necesidades de origen social” (Sand, 1927: 45), a cuya base se ubicaba un espíritu modernizador que comenzó a ser demandado a la acción estatal en aquella época, cuestión que no obstante siguió siendo conciliada con el paternalismo imperante, que continuaba visualizando a los sectores populares como pasivos y dependientes (González, 2010).

Esta primera escuela era de carácter eminentemente laico⁵, y vio la luz gracias al decidido impulso de los doctores Alejandro del Río e Ismael Valdés. El primero de ellos había viajado en 1924 a Bélgica en busca de experiencias en el ámbito del servicio social posibles de ser replicadas en el contexto chileno. En efecto, pese a que tanto en Europa como en Estados Unidos⁶ dicha profesión no tenía muchos años de vida, se dirigió hacia

3. Esto será retomado en la segunda parte de este artículo.

4. Cabe precisar que a comienzos del siglo XX Chile exhibía penosos índices en materia de sanidad pública, signados por las altas tasas de morbilidad y mortalidad materno-infantil y las enfermedades infecto-contagiosas, acrecentados por las condiciones de pobreza material en que vivía gran parte de la población. Como acertadamente se reconoce en relación con dicha época, “en Chile, nacer para vivir era claramente un privilegio” (Illanes, 1993: 27).

5. Cabe puntualizar al respecto que la Constitución Política de 1925 estableció en Chile la separación entre Iglesia y Estado. Sin embargo, el país continuaba siendo de inspiración y moral católica eminentemente. Un reflejo de ello es que en respuesta al cariz laico de esta primera Escuela surge en 1929 una segunda entidad para el estudio del Servicio Social, pero de inspiración católica, la Escuela Elvira Matte de Cruchaga.

6. En el caso de este país, en Chile y Latinoamérica han tenido fuerte influencia las enseñanzas de Mary Richmond, pionera del Social Work en Estados Unidos.

allá la mirada. Más aún, las directoras de las primeras escuelas chilenas de Servicio Social fueron *importadas* directamente desde Europa⁷.

Ahora bien, es posible hacer referencia a algunos rasgos característicos de esta primera escuela, en directa consonancia con el contexto de la época. Así, como primer elemento se advierte una asunción de las tendencias positivistas y funcionalistas vigentes en aquellos años, lo cual se encuentra íntimamente ligado a un segundo rasgo diferenciador: el sello sanitario de este naciente Servicio Social. En efecto, se siguió un modelo higienista de acuerdo con el cual el abordaje de los problemas sociales debía adoptar una orientación preventiva que permitiera brindar a los afectados las herramientas necesarias para su adecuada *adaptación* a su medio. Se despliega así una preocupación preeminente en el área de la salud pública y el consecuente énfasis en la formación para el desempeño en el campo médico-social y en organismos públicos de asistencia y seguridad social, principalmente enfocado en la atención al enfermo y su familia (Quiroz, 2000). La intervención profesional, en consecuencia, tuvo indefectiblemente el sello del asistencialismo, desde una mirada que se centraba en la superación del problema mismo en tanto reflejo de una adaptación del individuo a su sociedad, como la cura de una parte del organismo que se encuentra enferma. Allí se refleja con nitidez la perspectiva funcionalista imperante en la época referida (Morales, 2010). El prisma sanitario, asimismo, se expresó claramente en algunas de las asignaturas que debían cursar las futuras profesionales del Servicio Social, tales como Higiene y Deontología, Atención de Enfermos, Alimentación y Dietética Generales, Puericultura, Atención de Heridos, entre otros (Cordemans, 1927).

¿De dónde proviene esta vinculación del Servicio Social con el ámbito sanitario? Algo se ha referido ya, en términos de la dependencia de esta primera Escuela de un órgano preocupado de la administración de los hospitales y de la decidida influencia de dos destacados médicos en su creación. Pero, ¿hay algunas otras razones? Parece ser que el Servicio Social vino a llenar un espacio intermedio entre el quehacer estrictamente médico y las personas receptoras de dichos servicios, haciendo de puente en relación con una suerte de *vigilancia* y educación respecto de algunos cuidados de salud que debían ponerse en práctica en los hogares directamente. El espacio del hospital debía ser superado como límite a la acción sanitaria estatal, y era justamente el Estado el que debía ir directamente a los hogares pobres para verificar,

orientar y velar *in situ* por mejores condiciones de salud pública. Ese rol de no poca trascendencia comenzó a ser asumido por las primeras egresadas de Servicio Social (Morales, 2010).

Como tercer elemento que caracterizó al naciente Servicio Social hace noventa años se encuentra un profundo carácter femenino (no feminista) de la profesión, que puede ser explicado en parte en virtud del énfasis sanitario con que nace y desde la perspectiva ética subyacente a su quehacer, signada como ética del cuidado. En efecto, como se conoce, las primeras escuelas de Servicio Social en Chile sólo permitían el ingreso de mujeres a la carrera. Lo «femenino», por ende, fue un sello identitario de la profesión desde esos años y se lo interpretó con las categorías que la época atribuía a esa condición, entre ellas: a) Espacios de despliegue diferenciados y rígidos entre mujeres y hombres; y, b) La consideración de una desigualdad intrínseca entre ambos, radicada en ciertas características biológicas *desventajosas* de la mujer (Reyes, 2007). En este marco, el Servicio Social emergía como una actividad profesional propicia para aquellas mujeres que buscaban desarrollar alguna labor fuera del hogar, pero ligada a sus preocupaciones de género más *propias*.⁸

La preocupación por el desempeño virtuoso de las labores femeninas al interior del hogar se trasladó entonces al quehacer de las primeras profesionales del Servicio Social, que comenzaron a preocuparse por los más desposeídos también con ahínco e imperiosa dedicación. Aquí es donde emerge con nitidez la perspectiva subyacente de la ética del cuidado, especialmente en versión de una de sus autoras más destacadas: Edith Stein (1997)⁹, quien reflexiona sobre la vocación de la mujer como algo específico de ésta en virtud de condiciones personales tales como la intuición, la sensibilidad o la capacidad de empatía hacia el otro y sus necesidades. Reafirmando tales ideas, dirá que tales características o disposiciones de la mujer se encarnan “en todas las profesiones educativas y asistenciales, en el trabajo social” (Stein, 1997: 149).

Reflejo de ello es un artículo que abordaba el perfil de la primera Escuela de Servicio Social chilena, en donde se mencionaba, entre los requerimientos de ingreso, “el deseo de ser útiles a la humanidad, de hacerla progresar, la iniciativa, la actividad, la abnegación suficiente” (Revista Servicio Social, 1927: 8). En la editorial de dicho número de la publicación, se lee además: ... “a todos aquellos que deseen consagrar su vida o algunas horas de ella a aliviar la miseria humana, para todos éstos se abre la Escuela de Servicio Social” (Cordemans, 1927: 114).

7. Las dos primeras directoras de la Escuela de Servicio Social de la Junta de Beneficencia fueron belgas: Jeny Bernier y luego Leo Cordemans. En la Escuela Elvira Matte, en tanto, ejerció la alemana Luise Jörinssen como primera directora.

8. En una revista femenina de 1948 se lee el siguiente llamado: “Prosiguiendo con nuestra serie de artículos dedicados a la mujer que desea trabajar, damos en este número las informaciones y una breve reseña de lo que significa la carrera de Servicio Social en Chile y en la actualidad. ¿Existe algo más hermoso que trabajar para el bien de la sociedad? Usted que salió del colegio, que terminó sus humanidades, que no tiene nada que hacer y que desea ayudar a sus semejantes, ¿no cree que esta es la carrera ideal?” (Revista Eva, 1948: 47).

9. Filósofa y religiosa nacida en Breslavia (en ese entonces, territorio alemán) en 1891. Discípula de Edmund Husserl. Entre sus obras más destacadas se encuentran: *Obras selectas y La estructura de la persona humana*. Muere en 1942 en el campo de concentración de Auschwitz.

Muy ligado al punto anterior, otro rasgo característico del Servicio Social en sus inicios en Chile es la *visitación*. Como acertadamente ha planteado González (2010), el concepto de «visitación» encarnó una interesante dialéctica histórica en tanto concepto articulador de las primeras escuelas, expresando en ellas “el carácter vanguardista de una acción que quería ser más que ‘mera caridad’ y, al mismo tiempo, reprodujo la asistencia y supuso un sujeto popular pasivo y dependiente.” (González, 2010: 24).

La visita domiciliaria¹⁰ a los hogares de los asistidos terminará transformándose en sello definitorio tanto para la profesión como para sus profesionales, que no azarosamente serán llamadas «visitadoras sociales»¹¹ en sus inicios, una denominación que tendrá una larga presencia en el imaginario social chileno, especialmente en las generaciones más antiguas, que seguirán usando dicha nomenclatura pese a que las escuelas universitarias la hayan dejado atrás.

En lo concreto, uno de los aspectos fundamentales de la tarea de *visitación* era recoger información detallada sobre la situación de la familia: personalidad de sus miembros, hábitos, medios de vida, entre otros, para luego abocarse a la elaboración de un acucioso informe que indicara acciones a seguir con miras a la reeducación, rehabilitación o readaptación de los sujetos a su entorno (Goyeneche, 1927; Torres, 1928; Illanes, 2007, entre otros), dejando en evidencia la orientación positivista y funcionalista del quehacer de las primeras visitadoras. Tanto la visita como la encuesta se transformaron en instrumentos claves para educar al pueblo en los preceptos higiénicos de la medicina social. Se trataba de *intervenir* en los cuerpos de los sujetos con miras a la contención del peligro de subversión de las clases populares en condiciones de pobreza extrema (Zárate, 2007)¹².

Finalmente, otro elemento que puede ser signado como característico del naciente Servicio Social remite a un esfuerzo permanente y decidido de profesionalización de un quehacer hasta ese momento sólo asociado con acciones caritativas y/o filantrópicas de tipo voluntario. A diferencia de esto, las primeras escuelas asumen el desafío de dotar a la formación de todo un acervo de elementos distintivos propios de las exigencias de una profesión moderna. Así se declara en un artículo

de la época: “El ser que tiene necesidad de la ayuda de los demás se encuentra en una situación anormal; la caridad, suministrándole socorros momentáneos, deja subsistir esta situación: por lo tanto no es eficaz. El papel del Servicio Social es, al contrario, el de buscar las causas de esta anomalía y, sean ellas intrínsecas o extrínsecas, poner término a su existencia. Ha nacido así una ciencia nueva, una sociología práctica, aplicando al niño, a la familia, al ser desamparado, los conocimientos suministrados por los progresos realizados en las diferentes ramas del saber humano.” (Escuela de Servicio Social, 1927: 8). Esta preocupación/aspiración por concretar un quehacer profesional seguirá reafirmando en los años siguientes, asentando la comprensión del Servicio Social como una actividad científica y moderna de abordaje de las problemáticas sociales.

Cierto es que sobre el origen del Trabajo Social en Chile existen innumerables visiones e interpretaciones, algunas de ellas incluso contrarias o enfrentadas entre sí. Desde lo que se ha conocido como una historia lineal, de tipo cronológico, que pretende erigirse como neutral frente a los hechos, se ha intencionado no obstante una lectura que ubica a las primeras profesionales de esta área como mujeres débiles y conservadoras, y a la profesión como un todo precario y carente de rigor científico¹³. Sin embargo, desde perspectivas históricas posteriores –historia acotada y microhistoria o historia densa¹⁴– se ha intentado resignificar estos primeros años de la profesión, partiendo del reconocimiento de “la propia concepción de asistencia, no como una tendencia antimoderna sino justamente como una expresión moderna y positivizante de profesionalización.” (Matus, Aylwin y Forttes, 2004: 27).

Más aún, es posible advertir que uno de los nudos problemáticos de la interpretación tan limitada de los inicios del Servicio Social chileno es que no ha recogido de manera adecuada y rigurosa lo que las propias fuentes de la época ya evidenciaban sobre los esfuerzos de profesionalización y de trascendencia. Como bien se lee en un escrito de 1928, “... [la palabra caridad] no entrará jamás en el vocabulario del Servicio Social, ya que éste lucha por su contrario, por una asistencia organizada y justa que le devuelva a cada ser humano su propio valor.” (Cordemans, 1927: 2).

10. La *visitación*, entendida como una herramienta instrumental de la asistencia social, tuvo sus orígenes en la temprana organización de la caridad en el siglo XIX que, a su vez, deviene de los preceptos de San Vicente de Paul (Francia), las Hermanas de la Caridad (Francia) y los Lazaristas (Jerusalén). En el caso chileno, la visita encontraba sus raíces en el sistema de inquilinaje colonial, en cuyo contexto la señora patronal “visitaba” a los peones que vivían en torno a su hacienda, desempeñando respecto de ellos una acción moralizadora, asistencial y evangelizadora (González, 2010).

11. Esta es la denominación originaria de las primeras profesionales del Servicio Social en Chile, que recibían dicha titulación. A ella siguieron las formulaciones «asistentes sociales» y, actualmente, «trabajadores/as sociales».

12. Esta visión es compartida, aplicada al caso español, por Teresa Zamanillo, quien se cuenta a sí misma entre los “observadores [...] que implican la intervención del Estado por motivaciones de tipo político: la paz y el orden social, como objetivos prioritarios para evitar el caos que las masas pobres podrían producir.” (Zamanillo, 2000: 128).

13. Reflejo de este prisma son los textos de Mario Quiroz y Nidia Aylwin sobre las cuatro etapas en el desarrollo histórico del Trabajo Social en Chile. En una línea también etapista, pero con mayores aportes en términos de reflexión subyacente, se encuentra el texto de las académicas Patricia Castañeda y Ana María Salamé, de 2010 (detalles en bibliografía).

14. Respecto de la mirada de una historia acotada, destaca la exhaustiva investigación liderada por Teresa Matus, *La reinención de la memoria*. En cuanto a la microhistoria o historia densa es posible referir a la investigación conjunta titulada *Historias del Trabajo Social en Chile, 1925-2008. Contribución para nuevos relatos* (detalles en bibliografía).

II. LA INFLUENCIA DEL CONTEXTO SOCIO-POLÍTICO EN EL TRABAJO SOCIAL CHILENO Y LATINOAMERICANO: ALGUNAS COORDENADAS IMPRESCINDIBLES

Ciertamente, resulta imposible abordar con la extensión y profundidad que se requiere el devenir del Trabajo Social latinoamericano a partir de la fundación en Chile de la primera escuela en 1925¹⁵. En virtud de este reconocimiento, en el presente artículo se detendrá la mirada en un aspecto central en dicho desarrollo, a saber, la decidida influencia del contexto socio-político en el Trabajo Social que comenzó a gestarse a dicho amparo, y que muestra cómo dicho marco ha ido modelando las reflexiones profesionales hasta la actualidad.

Se observa, en primer término, el sostenido avance en términos de nacimiento de nuevas escuelas de servicio social en otros países de la región. La siguiente tabla¹⁶ ilustra esa evolución:

1930	Argentina
1936	Colombia – Brasil - Venezuela
1937	Perú – Uruguay
1938	Ecuador
1939	Paraguay
1946	Bolivia

Cabe destacar que el quinquenio comprendido entre 1925 y 1930 correspondió al pre-despegue industrial de América Latina, mientras que la década siguiente se constituyó como una fase sobresaliente del desarrollo industrial, enmarcada en nuevos gobiernos de carácter reformista, populista y participativo, que debieron hacer frente a las problemáticas propias del crecimiento de la población obrera en las ciudades, entre otros.

Ello coincidió con la decadencia del poder terrateniente y de la producción puramente extractiva de tipo primario. Fue también la década más importante para el Trabajo Social, expresado en el surgimiento de escuelas afines en influyentes países de la región, como se muestra en la tabla presentada. Este crecimiento profesional fue un proceso enmarcado en la necesidad de industrializar la producción y de tecnificar las diferentes formas de asistencia social.

Ya en los '60 y parte de los '70 la influencia del contexto socio-político en el devenir de la profesión a nivel latinoamericano cobra un claro impulso a raíz del llamado proceso o movimiento

de Reconceptualización del Trabajo Social¹⁷, cuya idea-fuerza será la crítica, dirigida hacia diversas aristas del desarrollo profesional, entre ellas: sus orígenes tachados de conservadores, las tendencias tradicionales y/o modernizantes de la asistencia social, sus marcos teóricos y metodológicos imperantes. Frente a ello, las demandas reconceptualizadoras se aglutinaron en torno a ideas como: la necesidad de lecturas suspicaces respecto del escenario socio-político de la época, la asunción de un rol decididamente político (en algunos casos militante) por parte de los trabajadores sociales, un reposicionamiento del Trabajo Social en el ámbito de las ciencias sociales, entre otras.

La Reconceptualización supone una época de alta politización del Trabajo Social, especialmente en el ámbito universitario y académico. Como se constata en una investigación sobre trabajadores sociales en la Argentina de aquellos años, "la participación estudiantil fue una vía de ingreso importante para la militancia [...] fue en la universidad donde se 'reclutaron' la mayoría de los militantes, que luego entrarían a las organizaciones armadas." (Moljo, 2005: 154).

Ciertamente, se trata de un proceso de reflexión profundo que se dirigió a los cimientos mismos de la profesión y desde allí hacia toda su estructura. Ante cuestionamientos y demandas de tal relevancia, la pregunta que surgió inexorablemente fue cómo llevar a cabo tales ideas, cómo concretar –en definitiva– un Trabajo Social reconceptualizado. La respuesta no fue unívoca, pero se encaminó por la línea de una lectura –con mayor o menor dogmatismo, puede decirse con los ojos de hoy– de la teoría marxista muy en boga en aquellos años, especialmente debido a sucesos que impactaron fuertemente en América Latina, como la Revolución Cubana, la Guerra Fría o la Teología de la Liberación.

Como se anunciaba en la introducción del presente artículo, se suele signar como hito fundacional del proceso de Reconceptualización el 4º Seminario Regional Latinoamericano de Servicio Social –titulado justamente: "Hacia una Reconceptualización del Servicio Social latinoamericano"–, que se llevó a cabo en 1969 en la ciudad chilena de Concepción. Entre las conclusiones de este encuentro, destacan como propósitos la superación del rol alienante de la profesión, el rompimiento con el análisis estructural funcionalista y la concientización de los sujetos en el agitado escenario latinoamericano de la época.

Ahora bien, ya entrados los años 70 y buena parte de los '80, América Latina debió enfrentar las nefastas consecuencias de las dictaduras que asolaron la región. Consecuencias no sólo

15. No obstante un breve ejemplo de la influencia de Chile en la región es relatado por Carina B. Moljo (2005), cuando recuerda que en 1957 el gobierno argentino solicita a la ONU un asesoramiento técnico sobre la enseñanza en Servicio Social, para lo cual es designada la asistente social chilena Valentina Maidagán de Ugarte (detalles en bibliografía).

16. Elaboración propia a partir del texto sobre historia del Trabajo Social de Jorge Torres (detalles en bibliografía).

17. Al respecto, ver en bibliografía las obras de N. Alayón y de H. Cuevas, dos excelentes referencias para conocer y comprender la Reconceptualización del Trabajo Social latinoamericano.

económicas, políticas o sociales, sino también más específicamente en materia educativa. En el caso de Chile, una consecuencia visible del período dictatorial para el Trabajo Social fue la pérdida del rango universitario, tras lo cual la carrera comienza a impartirse también en institutos profesionales no universitarios. Las nuevas normativas permitieron además la creación de universidades privadas en cuyo seno comenzaron a proliferar nuevas Escuelas de Trabajo Social. La dictadura chilena significó también —como en muchos otros países de la zona— la vulneración de derechos humanos a gran escala, a lo cual el Trabajo Social no estuvo ajeno¹⁸. Ello especialmente debido al fuerte compromiso social y político que habían venido asumiendo los trabajadores sociales desde los años 60 producto de las ideas promovidas por la Reconceptualización.

En virtud de las deficientes condiciones socio-económicas que en general significaron las dictaduras latinoamericanas para gran parte de su población, el Trabajo Social comenzó a cumplir con mayor nitidez el papel de ser la voz de los afectados, visibilizando y denunciando sus deficientes condiciones de vida. Desde su quehacer profesional fue asumiendo un compromiso con la defensa de los derechos humanos en su sentido más integral, esto es, no sólo en cuanto a prerrogativas civiles y políticas, sino también en relación con derechos económicos, sociales y culturales, entendiéndolo como un ataque a la dignidad humana, no meros problemas de desajustes macroeconómicos ni tampoco problemas privados en términos de la necesidad de autoafirmación de identidades construidas al amparo de una injusta, desigual e intencionada organización social y política en la región, especialmente hasta los años 80 del pasado siglo.

Si se planteara la pregunta en torno a lo que permanece como constante en este devenir, resulta posible identificar como respuesta una tensión inherente a la acción profesional de los trabajadores sociales: al ser una profesión que ha nacido y se ha desarrollado al amparo de Estado¹⁹, ha seguido los vaivenes de sus cambios de orientaciones, a veces acertada y otras equivocadamente, esto último, especialmente respecto de las políticas neoliberales impulsadas a sangre y fuego durante los años 80 y 90. A este respecto es de utilidad la diferenciación que establecía Tobón en aquella época, entre «espacio ocupacional» y «espacio profesional», dentro de lo cual el primero puede aparecer en ciertas circunstancias sociales como profundamente «cerrado», «condicionado» o «limitado», pero frente al cual el ámbito profesional, por el contrario, emerge como “aquello que los profesionales creen que se puede hacer en su profesión [...] así sea en

el terreno de la utopía” (Tobón, 1986: 42). Hay aquí una tensión siempre irresoluta, en permanente devenir, por lo cual puede ser considerado también como parte de los elementos identitarios del Trabajo Social que permanecen en el tiempo. Parte de lo que podría denominarse las continuidades del Trabajo Social. A este sello identitario apunta Quiroz cuando sostiene que los/as trabajadores sociales “somos funcionarios de las políticas sociales y, por tanto, en cada coyuntura concreta, nuestro hacer se define y se entiende en el contexto y en referencia a los propósitos y a las formas que [...] se asigna a estas acciones públicas.” (Quiroz, 2013: 8). Sin embargo, esta asunción del rol no es en ningún caso aporética. Voces desde España así lo reconocen cuando plantean interrogantes cruciales como: “¿De qué hacerse cargo y de qué no cuando el ‘encargo institucional’ va acompañado de insuficientes posibilidades de hacerle frente?” (Barbero; Feu y Vilbrod, 2007: 135).

COROLARIO

En cuanto a los retos del presente y del futuro, aunque imposible referir a ellos en su totalidad, es factible hacer referencia a dos aspectos específicos. Por una parte, la construcción y promoción de una ciudadanía activa, algo no exento de tensiones y dificultades, partiendo por la ligazón indisoluble a la que se aludía entre Trabajo Social y Estado. En efecto, ¿cómo se posicionará el Trabajo Social frente a un escenario de desmantelamiento de políticas propias del clásico Estado de bienestar, especialmente siguiendo la impronta de la Europa actual? Se trata de una pregunta de gran relevancia para la profesión, mas no de fácil resolución, cuanto menos en estas líneas. Sin embargo, en el marco de la acción estatal sigue siendo necesario encontrar cauces de acción que permitan trascender a la consideración de los sujetos como meros beneficiarios de las políticas sociales.

Ello implica, para la intervención social, un cuestionamiento de aquellas categorías en las cuales tradicionalmente se ha encasillado a los sujetos de la intervención: «niños de la calle», «pobres», «menores en situación irregular» «mujeres golpeadas» (Matus, 1999); se requiere interpelar a los fundamentos desde los cuales han surgido estos enunciados, ya que desde allí emerge un conjunto de discordancias entre la comprensión de la realidad social y las formas de intervención.

Por otra parte, aunque muy ligado con lo anterior, un segundo desafío remite a la concreción de un Trabajo Social indisolublemente comprometido con la profundización democrática, lo cual

18. Hace menos de un año se inauguró en Santiago de Chile un memorial en homenaje a los trabajadores sociales y estudiantes de Trabajo Social asesinados y desaparecidos durante la dictadura chilena. Detalles en <http://radio.uchile.cl/2013/12/12/inauguran-memorial-en-recuerdo-de-los-asistentes-sociales-muertos-en-dictadura>

19. Indispensable a este respecto es el acucioso análisis de Carlos Montaña sobre las dos matrices que explicarían el surgimiento del Trabajo Social: endógena y exógena, en donde la vinculación con el Estado es gravitante (detalles en bibliografía).

implica integrar en ello también a los movimientos sociales que han emergido en el último tiempo, que ya no encarnan reivindicaciones de clase, sino que remiten más bien a nuevos escenarios de discriminación y marginalidad social. En el caso de Chile, la experiencia más inmediata remite a los procesos de movilización estudiantiles del año 2011, que siguen teniendo repercusiones visibles tanto en la mantención de las demandas por parte de las organizaciones de estudiantes como en la decisión del presente gobierno de la Presidenta Michelle Bachelet de asumir como propia la demanda por una educación pública, gratuita y de calidad. Resulta imposible soslayar la fuerza e influencia que puede generar una ciudadanía movilizadora.

Para finalizar estas líneas, es posible aunar los dos retos señalados en un desafío mayor que se traduce en la necesidad de generar «intervenciones sociales democratizantes», “dotadas de legitimidad y orientadas hacia un horizonte transformador como sellos de identidad” (Morales, 2012: 8). En este sentido, como se señaló al inicio del presente artículo, las reflexiones aquí desplegadas no son un repaso cronológico por una historia inerte, pues se asume el concepto de ‘memoria’ como condición para repensar críticamente el pasado e iluminar críticamente el futuro, es decir, como algo vivo y dinámico (Matus, Aylwin y Forttes, 2004; Abel; Zucherino y Weber, 2012). En consecuencia, se busca interpelar a la profesión acerca de las posibilidades de desarrollar intervenciones sociales realmente democratizantes, lo cual parte de un reconocimiento inequívoco: el Trabajo Social tiene un compromiso ineludible con la democracia, porque solo en un entramado democrático puede garantizarse el respeto a los derechos humanos, a la dignidad de las personas o la concreción de valores irrenunciables como la justicia, la libertad y la igualdad. El Trabajo Social no es ajeno a la discusión ético-política porque no es ni puede ser neutral frente a situaciones de exclusión, marginalidad o atropello a la dignidad humana.

BIBLIOGRAFÍA

- Abel, L.; Zucherino, L.; Weber, C. (2012). Historia y memoria. Reflexiones teórico-metodológicas en torno al Trabajo Social contemporáneo. *Boletín electrónico Surá*, 192, 1-8.
- Alayón, N. (Org.). (2007). *Trabajo Social Latinoamericano. A 40 años de la Reconceptualización*. Buenos Aires: Espacio.
- Aylwin, N. (1995). Una mirada al desarrollo histórico del Trabajo Social en Chile. Conferencia presentada en la *I Conferencia Conmemorativa de la Fundación de los 70 años de la Escuela Dr. Alejandro del Río*, Concepción.
- Barbero, J.M.; Feu, M.; Vilbrod, A. (2007). Ética y trabajo social: respeto versus prescripción. La profesión autoexigente (el caso de Barcelona). En C. Aguayo, T. López y T. Quiroz. *Ética y Trabajo Social en las voces de sus autores: un estudio desde la práctica profesional* (pp. 126-151). Santiago: Colegio de Asistentes Sociales de Chile.
- Castañeda, P.; Salamé, A. Ma. (2010). *Perspectiva histórica de la formación en Trabajo Social en Chile*. Recuperado de: <http://www.trabajosocialdec.cl/rets/wp-content/uploads/2010/12/historiaformacion.pdf>
- Cordemans, L. (1927). De la caridad al *Servicio Social*. *Servicio Social*, 1-2, 3-7.
- Cuevas, H. (2010). El proceso de reconceptualización en Chile. Notas para el análisis y el debate disciplinario. En M. González (Ed.). *Historias del Trabajo Social en Chile, 1925-2008. Contribución para nuevos relatos* (pp. 109-128). Santiago: Ediciones Técnicas de Educación Superior.
- Escuela de Servicio Social (1927). La Escuela de Servicio Social de Santiago de Chile. *Servicio Social*, 1-2, 8-41.
- Garcés, M. (2012). *El despertar de la sociedad. Los movimientos sociales en América Latina y Chile*. Santiago: LOM.
- González, M. (2010). La visita de las moscas azules. El concepto de «visitación» como eje articulador de la formación de asistentes sociales en las primeras escuelas chilenas. Santiago, 1925-1935. En M. González (Ed.). *Historias del Trabajo Social en Chile, 1925-2008. Contribución para nuevos relatos* (pp. 23-51). Santiago: Ediciones Técnicas de Educación Superior.
- Illanes, M.A. (1993). “En el nombre del pueblo, del Estado y de la ciencia...” *Historia social de la salud pública. Chile 1880-1973*. Santiago: Colectivo de Atención Primaria.
- Matus, T. (1999). *Propuestas contemporáneas en Trabajo Social*. Buenos Aires: Espacio.
- Matus, T.; Aylwin, N.; Forttes, A. (2004). *La reinención de la memoria*. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile/ Escuela de Trabajo Social.
- Moljo, C.B. (2005). *Trabajadores sociales en la historia. Una perspectiva transformadora*. Buenos Aires: Espacio.
- Montaño, C. (1998). *La naturaleza del servicio social: un ensayo sobre su génesis, su especificidad y su reproducción*. São Paulo: Cortez.
- Morales, P. «Servicio Social en Chile en los años 20 y 30: el cuidado del otro como una cuestión de mujeres». En M. González (Ed.). *Historias del Trabajo Social en Chile, 1925-2008. Contribución para nuevos relatos* (pp. 53-71). Santiago: Ediciones Técnicas de Educación Superior.
- Morales, P. (2012). Hacia intervenciones sociales democratizantes. Aportes desde el prisma discursivo de Jürgen Habermas. *Trabajo Social*, 83, 7-22.
- Quiroz, M. (2000). Apuntes para la historia del Trabajo Social en Chile. *Surá*, 44, 1-22.
- Quiroz, T. (2013). El Trabajo Social y el tiempo que viene. *Rumbos*, 7, 8-11.

- Revista Eva (1948). Nuevas profesiones para la mujer. *Servicio Social*, 158.
- Reyes del Villar, S. (2007). La élite femenina chilena a comienzos del siglo XX. Ideas y costumbres vistas a través de la Revista Familia. *Bicentenario*, 1, 39-70.
- Rosell, T. (2000). El futuro del Trabajo Social: oportunidades y retos. En *Pasado, presente y futuro del Trabajo Social. Actas del II Foro de Trabajo Social* (pp. 99-107). Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.
- Sand, R. (1927). Las escuelas de Servicio Social. *Servicio Social*, 1-2, 42-66.
- Stein, E. (1997). *Obras selectas*. Burgos: Monte Carmelo.
- Tobón, C. (1986). El Trabajo Social en Latinoamérica. *Trabajo Social*, 50, 40-46.
- Torres D., J. (2006). *Historia del Trabajo Social*. Buenos Aires: Lumen Humanitas.
- Zárate, S. (2007). Parto, crianza y pobreza en Chile. En C. Gazmuri y R. Sagredo (Dir.), *Historia de la vida privada en Chile*, Tomo III. Santiago de Chile: Aguilar.
- Zamanillo, T. (2000). Apuntes para una historia del Trabajo Social en España. En N. Tello (Coord.). *Trabajo Social en algunos países: aportes para su comprensión* (pp. 121-142). México: Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Trabajo Social.